

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

39. LAS CARTAS DESCUBIERTAS



SUS PALABRAS me hicieron recordar algo: ¡el grabador, oculto en uno de mis bolsillos, y siempre encendido, *continuaba registrándolo todo!* Sin embargo, no podía estar seguro de la duración del casete.

—No utilizó ese término —afirmé.

—¿*Vrolok*, quizás? —Su sonrisa sardónica estremeció las sílabas—. ¡Viene a ser aproximadamente lo mismo!

El acento era de burla indisimulada. Un insidioso tentáculo de ira comenzó a trepar por mi espina dorsal.

—No creo —dije—. Pero me puedo equivocar, claro... ¿Por qué no hace memoria usted..., dado que estuvo escuchando lo que conversábamos?

El súbito resplandor de un fósforo me encandiló. Kurt Vodde, con toda calma, encendió un cigarrillo, dándome tiempo a captar los aquilinos planos de su rostro en un claroscuro anaranjado. Sopló la cerilla y la arrojó lejos. Luego meneó la cabeza.

—A usted no me interesaba escucharlo. Era *al otro*.

—¿Otro? —No podía saber a ciencia cierta si conocía la presencia de Sandor Bathory en la carreta; y no estaba dispuesto a revelársela, en caso de que no fuera así.

—El Gran Doctor —aclaró Vodde—. ¡Nuestro sabio loco!

—Suficiente, Vodde.

SANDOR se dejó ver. Saltó del carretón con esa asombrosa agilidad que su respetable corpulencia no denunciaba, y se acercó a nosotros. Traía su linterna, demarcando un límpido círculo de luz. La dirigió de lleno a la cara de Kurt.

—Ponga sus cartas sobre la mesa —disparó—. ¡Ya!

—¿Sobre la *mesa*? —El otro sonrió, exhibiendo la desapareja dentadura—. ¡Si ni siquiera contamos con sillas! ¿Por qué no entramos a hablar como gente —me miró— civilizada?

—¡Lavna! —gritó Sandor, y la vieja se asomó, como un grotesco pajarraco, por entre las cortinas del carromato—. Váyase a dar una vuelta por ahí. Necesitamos hablar.

—¡El amuleto! —exigió la gitana—. ¡Devuélvame!

—No hay inconveniente —Sandor palpó, sin darse cuenta, su bolsillo—, ahora que se ha mostrado razonable.

—¿Ella le dio... aquello? —musité, y Sandor me hizo una señal de asentimiento.

La vieja efectuó una complicada maniobra, entre toses y quejidos, para bajar del carro. Cuando pasó junto a nosotros, Sandor le arrojó su bolsita, y ella cerró ávidamente su garra sobre el objeto. Luego se alejó con rumbo desconocido. Nosotros ingresamos al vehículo-habitación y tomamos asiento alrededor de la pestilente vela. Me guardé la Browning en sillo vacío y esperé los próximos acontecimientos.

LO VINE siguiendo —espetó Kurt Vodde en dirección a Sandor.

—Al parecer se ha envenenado en eso, últimamente —repuso éste.

—Y conseguí la prueba que necesitaba.

—¡Bueno!...

—*¡Usted es testigo!* —el índice rematado en una bola me apuntó—. *¡Usted le oyó reconocer que había tratado a Vlakkar!*

—Soy doctor en medicina, aparte de bioquímico —declaró Sandor—. Puedo tratar a quien me plazca.

—¡Pero no tiene ningún derecho a hacer experimentos con la gente! Y yo mismo le oí admitir que los hizo... —Volvió a señalarme—. ¡El está de testigo!

Hice ademán de protestar, pero la mano regordeta de Sandor se alzó para apaciguarme.

—No hay pruebas de ningún experimento. La frase fue de Poletti, no mía. Y Poletti no está capacitado para juzgar en cuestiones médicas... ¿Me equivoco, amigo mío? —me preguntó.

—No estoy capacitado —convine.

—¡Eso no importa! —refutó Vodde—. Cuando sea preciso, contaré con la opinión de especialistas absolutamente calificados... Pero lo que no podrá ocultar de nadie..., ni siquiera de un niño, son los *efectos*, Bathory.

La ceja correspondiente al ojo sin vista de Sandor se arqueó

—Yo vi los pies de Vlakkar —dijo Vodde—, *si se les puede llamar pies*.

SANDOR acusó el golpe.

—¡No es posible! Dejé instrucciones claras de evitar... A no ser que... —Irguió la cabeza. A la luz del cirio, su córnea opaca mostraba un tono gris amarillento—. ¡La Florescu! ¡Usted la sobornó!

Una sonrisa retorcida dejó al descubierto los dientes mal emplazados de Kurt Vodde.

—Para no ser tan... desagradables —sugirió—, digamos que conseguí hacerla pensar en términos prácticos, ¿eh?... Y me resultó barata, teniendo en cuenta su eficiencia como fuente de informaciones...

Sandor enrojeció. Una ráfaga súbita hizo oscilar la llama de la vela, y percibí un hálito de violencia latente entre nosotros, como una cobra a punto de morder...

(Continúa)

**¡CHOQUE VIOLENTO DE CARACTERES, ANTE EL ESTUPOR DE HÉCTOR POLETTI!...
¡AHORA, MÁS QUE NUNCA, LAS CIRCUNSTANCIAS EXIGIRÁN DEL NOVELISTA UN
PERMAMENTE ESTADO DE ALERTA!... ¡QUIÉN SABE A QUÉ SE EXPONDRÍA, DE
DESCUIDAR UN SOLO MINUTO SUS PRECAUCIONES!... PRÓXIMA SEMANA:
"TÉRMINOS DE GANADOR" Y "¿VERNA TAMBIÉN...?" ¡POLETTI ANTE LA MÁS
ANGUSTIOSA DE LAS DUDAS! ¡NO SE LO PIERDAN!**

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policíacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com